

B r e v e s

DUMALA
Eduard von Keiserling
Nocturna Ediciones, 2012
SONIA GARCÍA SOUBRIET

En Dumala, la novela de Eduard von Keyserling, la historia transcurre durante el largo invierno del Báltico: Paisajes nevados, bosques crujiendo de escarcha, niebla que se extiende sobre la llanura, blanco frío fluido, abetos convertidos en vidrio... Mientras tanto en las casas calientes e iluminadas por fuegos y lámparas, los hombres viven acuciados por sus deseos. El rojo predomina en estos interiores desde los que se contempla el gélido invierno prusiano: Rostros rosados, manecitas rojas exaltadas por el amor, grandes muebles tapizados de rojo, roja es la manta que cubre las piernas paralizadas del irónico y desencantado Barón Werland, y de un extraño rojo enfebrecido es la boca de su mujer, la bella baronesa Karola. También en las tabernas, encontramos manchas rojas y febriles por el alcohol y la concupiscencia en las mejillas caídas del maestro Gröv y del organista Shalit, y Merry la sirvienta de carne blanca y viciosa, es pelirroja. En el camino que conduce al palacio de Dumala, hay un puente burdo y medio podrido que atraviesa un profundo barranco en cuyo fondo hay rocas que duermen en el agua negra. Este es el paisaje vivo y palpitante de esta historia que nos habla de la pasión pero también de la soledad y de lo insondable del alma humana. “Tú y yo que vivimos juntos ¿Qué sabemos el uno del otro?” le dirá el pastor Werner a Lene, su mujer. En este escenario irán surgiendo personajes que pertenecen al viejo mundo de Keyserling: aristócratas encerrados en sus decadentes y solitarios palacios, cuya estirpe se acerca a su fin: el Barón Werland, el mundano y mujeriego Rast, mujeres educadas para la pureza, criados, pajes y secretarios. En contraposición, el otro mundo, el de las gentes pequeñas, tanto, que los pecados de los señores distinguidos no son para ellos. Un mundo a ras de tierra, ignorante y embrutecido por el trabajo y la pobreza... (“Háblenos de casas forestales y campesinos en las que las mujeres ya han dormido a la una de la madrugada, se levantan e hilan...”, pedirá la baronesa al Pastor), y en el que la muerte se reclama no con la esperanza de una vida eterna sino como el descanso eterno y merecido. Entre ambos, como nexo, está el pastor Werner ocupándose de las almas de unos y otros, amedrentándolos contra el pecado en su sermón de cada domingo, hasta que la pasión, inesperadamente, le hará descubrir en él a alguien nuevo, un “otro” que le empujará a recorrer un camino desconocido que bordea el abismo. Nada en Keyserling es gratuito: objetos, colores y naturaleza están estrechamente unidos a todo lo humano y nos desvelan muchas cosas de los hombres, hasta las sombras nos hablan del fardo secreto con el que cada uno de nosotros carga... Quizás este paisaje del Báltico que reina en toda la novela nos recuerde con su fría severidad, lo ilusorio de nuestras pasiones lo engañoso a veces de aquellos sentimientos que creemos más arraigados.